

"Yo fui un ladrón". Truco: "El huerfanito"

Elite, 1951-05-19.

(Relato de "Orlando")

El párroco de un pueblecito del Zulia ha celebrado su misa diaria. Es día martes y son apenas las seis y media. En la iglesia, las mismas personas de cada mañana: dos viejecitos de cara arrugada y ojos vivarachos, sentados en banco de primera fila; media docena de ancianas vestidas de oscuro, murmurando oraciones, ocupando las mismas sillas de siempre. Don Jacinto, el párroco, irá ahora a desayunarse con el mismo chocolate y a la misma hora de todas las mañanas. Es un hombre chiquito, de andar nervioso y muy bueno. La casa cural queda a dos cuadras apenas. Don Jacinto las recorre a brinquito menudos y vivos. Vive con su hermana, una devota admiradora de su hermano, que por lo bueno "debía estar en los altares". Don Jacinto se escandaliza cuando escucha tamaño despropósito: "Dios te salve, Beatriz, ¡que barbaridad!"...

– Jacinto, en el recibo te esperan dos señores...

¡Ah!, esto no ocurre todos los días. ¡Tan temprano!... ¿Qué querrán? Don Jacinto les invita a desayunarse con él. Son dos señores de Maracaibo, muy bien vestidos, muy educados:

– Muchas gracias, don Jacinto, –dice el que parece más decidido –nosotros lo hicimos ya. Tómese Ud. su desayuno, que mientras tanto, nosotros podemos explicarle el objeto de nuestra visita.

– Pues, entonces, Uds. dirán...

Lo que le piden los forasteros tampoco es muy frecuente. Lo que ellos quieren es que él les ayude a conseguir una señora que quiera encargarse de criar un niño. Los dos visitantes son hermanos, los Rodríguez Plaza que tienen un comercio en Maracaibo. Otro de sus hermanos, abogado él, enviudó hace dos semanas, y se quedó con Robertito, un niño de dos años que "es una joya". Entonces coincidieron todos en la conveniencia de buscar una señora honorable, que ofreciera ciertas garantías para que se encargara de la crianza de Robertito. Como querían dejarlo fuera de la ciudad y les gustaba el pueblo, pensaron en venir a ver al párroco...

– Yo agradezco infinito, hijos míos, que hayan confiado en mí. ¡Vamos a ver, vamos a ver, si puedo ayudarles!...

Y don Jacinto pensó en doña Gertrudis, una señora virtuosísima que vivía a cuatro cuadras de allí...: "Fianza, dicen Uds.; ¡claro, claro!; así debe ser, tratándose de que Uds. ofrecen una suma tan considerable..."

– Eso es, don Jacinto. Si doña Gertrudis acepta, nosotros le entregamos diez mil bolívares en mano, y depositamos igual cantidad en un Banco cualquiera, como garantía para poder exigir otro tanto de la señora. Eso sí; mi hermano es celosísimo de las

atenciones y cuidados que deben dársele a su hijo, de su buena crianza y de su educación. En realidad, más que de la garantía moral, que la suya sobra, don Jacinto...

– Muchas gracias, hijos míos, muchas gracias.

– ... nuestro hermano está preocupado porque su hijo se críe en un ambiente social y de posibles parecido al de su familia; y este depósito, sin causarle ningún perjuicio a la señora, constituye una especie de índice de su categoría social...

– Comprendo, comprendo... Pues, está bien... ¡Y me parece que están Uds. discutiendo con muy buen juicio y verdadero sentido práctico... ¡Pues, nada más!, vamos a hablar con doña Gertrudis, yo les acompaño.

Doña Gertrudis les recibe muy amablemente. "Basta que vengan con el bueno de don Jacinto para que se consideren en su casa"...

– Pues mira, Gertrudis, estos dos señores son los Rodríguez Plaza que tienen un importante comercio en Maracaibo. Tú habrás oído hablar de ellos... Yo, en verdad, voy tan poco a Maracaibo...

Doña Gertrudis es todo oídos. Al escuchar el relato, un poco corregido y aumentado por el gran corazón de don Jacinto, se derrite como mantequilla. Pide datos y señales del niño. ¡Así le gustan a ella!... ¡Pobrecito, tan chiquito y sin madre!. Y diez mil bolívares... está bien. Le parece excesivo, pero si éste es su propósito...

– Bueno, Gertrudis, esto es lo que te darían de adelante, pero después hay otra cuestión...

Y don Jacinto, en buen político, explica después la condición que impone el papá de Robertito mucho mejor de lo que hicieron sus tíos...

– ... en verdad tú no pierdes nada. Lo mismo te dará tener el dinero en un sitio que en otro; te va a seguir produciendo intereses en un Banco como en otro. Se harían todos los papeles con el abogado del señor Rodríguez Plaza, señalarías tú misma la mensualidad y colocarías los 10.000 bolívares en un Banco de Maracaibo... "De forma es que no te causaría eso ningún trastorno"...

Pues no había por qué dilatar más la cosa. "Ahí mismo" fueron a ver al Dr. Ballesteros, que en los pueblos todo queda a tres o cuatro cuadras de distancia, y sin grandes formalidades extendieron el contrato y su compromiso. Doña Gertrudis cobraría 800 bolívares al mes y recibiría el adelanto de un año. Ambas partes se comprometían a depositar diez mil bolívares en un Banco como convenido... Doña Gertrudis confesó un secreto: ese dinero lo tenía escondido en su propia casa...

– ¡Mal hecho, mal hecho –decía don Jacinto– habiendo Bancos, como hay, haces muy mal en tener tanto dinero en casa!... ¡Cualquier día pueden robártelo!... ¡Es una barbaridad!...

Todos regresaron a la casa cural chanceándose de aquella "manía" de doña Gertrudis. Esta trajo la plata, y sobre la mesa de despachito de don Jacinto hizo diez montones de billetes de a cien. El dinero estaba completo. Los hermanos Rodríguez Plaza apuntaron que lo mismo podían ir a Maracaibo hoy que mañana: todo se haría como mejor conviniera a la señora y a don Jacinto, puesto que quedaron en ir juntos a hacer los trámites del depósito y recoger a Robertito.

– Y... ¿por qué no hoy mismo? –se aventuró el cura.

– Muy bien dicho; tengo verdaderas ganas de conocer al niño.

Uno de los hermanos Rodríguez Plaza preguntó por el baño; doña Gertrudis, que conocía la casa "como si fuera suya", fué a acompañarle.

– Padre –le dijo el otro hermano a don Jacinto– este dinero abulta bastante y deberían llevarlo en un maletín.

– Muy bien pensado; yo tengo uno negro que ni pintado.

Cuando don Jacinto regresó con el maletín negro, ya estaban de regreso doña Gertrudis y el otro hermano. El mismo se adelantó a recoger el maletín y colocar el paquetito dentro. Se lo entregó galantemente a doña Gertrudis: "ahora ¡de viaje!"...

Había un autobús a las doce. Pero don Jacinto propuso almorzar allí y salir en otro que pasaba a las dos. Maracaibo apenas quedaba a media hora de autobús, podían regresar muy bien antes de anochecer. Y todos almorzaron en casa de don Jacinto, y todos felicitaron a su hermana: "una excelente cocinera". Tomaron el bus de las dos. A Maracaibo llegaron antes de las dos y media.

– Bueno –dijo uno de los hermanos, después de apearse– como la casa de nuestro abogado queda como a diez o doce cuadras de aquí, y mi carro están reparando aquí mismo, que para esta hora estará listo, me demoro sólo unos minutos...

Don Jacinto y doña Gertrudis se acomodaron en la sombra junto al otro hermano...

– ¡Qué calor!...

Pero al otro también se le ocurrió llamar por teléfono desde un bar: "justo a media cuadra de aquí, al voltear", y se fué.

– ¡Ay!, y qué calor que hace, don Jacinto... ¡Y como que los señores Rodríguez Plaza se demoran mucho...!

– Pues es muy fácil. El carro no estaba listo todavía, y el teléfono estaba ocupado... ¡que eso ocurre a cada instante!

Pero don Jacinto ya se estaba poniendo nervioso. El tenía algo de mundo, aunque no mucho... A doña Gertrudis no le podía pasar por la imaginación nada más que:

– Qué calor hace, don Jacinto!...

* * *

Una hora después, don Jacinto abrió el maletín, palpó el paquete y se tranquilizó. Pero de pronto se le ocurrió otra cosa peor: abrir el paquete. ¡No había más que papeles de periódico!...

Doña Gertrudis y don Jacinto regresaron en el autobús de las seis. Antes habían hecho mil indagaciones y denuncios en Maracaibo. A doña Gertrudis tuvieron que acostarla cuando llegó a casa. Don Jacinto estaba tan enfermo como ella, pero no lo quería dejar ver, y se fué a rezar a la pequeña iglesia...

– ¡Dios mío, qué barbaridad!